

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Jeremías – llamado, capacitado y enviado por Dios
Una biografía bíblica (9 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Jer. 1:4-10

¡La construcción de carreteras es fascinante!

Las conexiones entre distintas localidades son más fáciles y rápidas. Cuando, por ejemplo, nos encontramos atrapados en un atasco de coches por haber enormes obras, entonces tenemos la oportunidad de ver de cerca cómo los ingenieros dominan y controlan el aparente caos. A veces lleva años hasta que un gigantesco proyecto de ingeniería se puede terminar. Hacer caminos y rutas es un trabajo largo y complicado y además muy costoso. (Lea Is. 40:3-5.) Para los empleados de vialidad significa: derribar, sacar escombros, cavar, sacar la tierra, dinamitar, rellenar, mejorar, fijar, plantar y esto con lluvia o viento, frío o calor, muchas veces días y noches, un trabajo pesado y agotador.

En nuestro texto de cabecera hemos leído de un “obrero” especial. Todavía es muy joven, cuando se le describe su tarea laboral. Se llama Jeremías, y viene de un pueblo llamado Anatot, cerca de Jerusalén. En la distribución del territorio bajo Josué, Anatot fue otorgado a los sacerdotes, estaba en el terreno de Benjamín (Jos. 21:17.18). Jeremías se crió en una familia de sacerdotes. (Lea Jer. 1:1-3.) En cuestiones de la fe, había recibido una buena enseñanza. Él también debía construir un camino, pero no una simple calle, no, él debía abrir camino para una mejor comunicación con Dios. En los tiempos de Jeremías, alrededor del año 600 a. Cr., esta comunicación con Dios estaba obstruida por varias razones. Como vivimos hoy en situaciones parecidas, estudiaremos este texto con corazones abiertos para entender bien la palabra de Dios. (Lea Sal. 81:8-10; 85:8-13; Mr. 4:9.) Puede ser que haya caminos hacia Dios bloqueados. El obstáculo mayor es el pecado. Pero no debe quedar allí. Podemos pedir perdón y quitarlo del camino. “Confesaré al Señor mi pecado y tú perdonaste la maldad de mi pecado...” Leemos Sal. 32:1-11.

Día 2

Jer. 1:9.10; Is. 49:1-6; 2.P. 1:3

El llamamiento - un acto santo

Los lectores de la Biblia conocen a Jeremías como profeta, no como obrero de construcción. De ahí que su intermediario no sea la agencia de trabajo, sino la Palabra de Dios que lo tocó personalmente (Jer. 1:4). Su jefe no es un constructor, sino el Dios verdadero, quien hizo el cielo y la tierra (Gn. 2:4). “Debes arrancar, destruir, arruinar, derribar, edificar y plantar”, así es el plan de su tarea. Dicho con más detalle: Jeremías debe arrancar por mandato de Dios el egoísmo de los corazones de la gente, destruir la pared de enemistad entre los diferentes pueblos, quitar la maldad y corrupción de los gobernantes. Además debe plantar paz y justicia en su tierra, y edificar el amor en el corazón de las personas. Una labor tremenda y pesada. ¿Quién de nosotros levantaría la mano, diciendo: ¡No hay problema, lo hago en seguida! Jeremías por lo menos se resiste. Él tiene buenas razones para rechazar esta labor: “Señor, soy demasiado joven. Además no puedo predicar bien.” Pero Dios le dice seria y determinadamente: ¡Jeremías, tú haces lo que te digo (Jer. 1:6.7)!

Aquí la Biblia nos permite vivir un acto santo: el llamamiento de una persona por Dios, para la tarea de su vida. Esto debe ser una ayuda para nosotros. Si Dios ocupa a una persona totalmente, llamándola a Su servicio, muchas veces siente mucho temor y también resistencia. Quizá este llamado le toca a alguien entre nuestros lectores. Entonces, que Dios les de “ojos alumbrados con entendimiento para que sepáis cuál es la esperanza a que él os

ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” (Ef. 1:18). Entonces ocuparemos el lugar que Él nos da con humildad y esperanza.

Día 3

Jer. 1:5; Sal. 139:1-12

Yo te conozco

Esto puede resultar alentador en nuestra vida, y nos puede animar, pero también puede producir resignación o tirarnos al suelo completamente desanimados. Cuando Dios dice a Jeremías y a nosotros hoy: “Yo te conozco”, Él nos quiere animar, invitar y quiere quitarnos las cargas. “Te conozco”, justamente ahora que estás delante de tu Biblia, - con tus fortalezas y tus debilidades, con tus preocupaciones y problemas, con tus planes e ideas, con tus temores escondidos y deseos secretos. Yo te conozco. Puedes estar tranquilo y relajado, no debes disimular nada. Yo te amo tal cual eres. Tengo en todos los casos las tareas correctas para ti, las que corresponden a las capacidades que te he regalado. Aunque tú pienses: yo no puedo hacer eso, justamente estás capacitado para esa tarea, criado por mí para esto. No temas. Yo estoy contigo. Estoy tan cerca de ti, que puedo escuchar cada suspiro y tengo en cuenta cada oración tuya. Por eso, no temas a nadie.

Así recibe también el profeta Jeremías uno de los muchos “No temas” con los que nuestra Biblia está enriquecida. En un estofado especial se pone pedazos de panceta dentro de la carne, para que la haga más suave y más sabrosa. Así el “No temas” de Dios no sólo hace la Biblia más sabrosa, sino también nuestra vida, para que podamos pasar mejor las circunstancias y tareas duras, secas y difíciles de digerir. “No temas, yo estoy contigo, te sostengo con la diestra de mi justicia” (Is. 41:10; lea una pequeña selección de estas citas: Gn. 15:1; 1.S. 22:23; Dn.10:12.19; Lc. 5:10).

Día 4

Jer. 1:5; Sal. 139:13-16; Jn. 15:16

Solamente números o el dolor de Dios

En la primera mitad del año 2010 en Alemania se quitó la vida a mas o menos 61.600 niños antes de nacer. Globalmente son millones de niños que por decisión humana no ven la luz del mundo. Miles de pensamientos maravillosos de Dios eliminados conscientemente, miles de planes borrados, que Dios ya tenía antes de la fundación del mundo con estas vidas no nacidas (Ef. 1:4.5). Dios amaba a los hombres, sus criaturas, los quería atraer a Él, ser Su Salvador y guiarlos con Sus ojos (Sal. 32:8).

Y ¡ahora todo este mal! ¿Compartimos este dolor con Dios? Entonces también deberíamos sufrir con aquellas madres que no se atrevieron a aceptar como regalo de Dios esa nueva vida para tomándola en sus brazos. Compara con el Sal. 127:1-5. Si compartimos profundamente este sufrimiento, encontraremos posibilidades como ayudar: Con delicadeza e interés, animando y apoyando, escuchando y orando, pero también en forma práctica con ropa, vivienda o préstamo de dinero, para ayudar en la emergencia. “El que salva una vida, salva todo el mundo”, así dice un proverbio judío. Ya hay muchos corazones y manos dispuestos para ayudar, pero todavía son pocos, pues los niños destinados a morir son muchos aún. Familias cristianas e iglesias pueden ser la “canasta” que salva la vida en peligro de muerte. (Lea Éx. 1:15-16; 2:1-10.) Tal y como en la historia maravillosa de la salvación de Moisés hubo muchos involucrados, así necesita un niño a muchos

“salvadores”. Donde la risa y el griterío de los niños se disminuye cada vez más, disminuye también la alabanza a Dios. Lea Mt. 21:14-17: “Este grupo de pequeños e inmaduros, que pertenecen a Dios, es una fortaleza de Dios contra sus enemigos. Así Dios quiere glorificar Su nombre por medio de pequeñas e impotentes herramientas” (L.Albrecht).

Día 5

Jer. 1:17-19; 2.Ti. 4:1-5

¡Qué se mejore!

Jeremías confía en Su Dios, el cual lo conoce como ningún otro y empieza a trabajar. Lleno de entusiasmo y pasión. Él denuncia la maldad en su país y lo lamenta. Pues Israel se había soltado de Dios. Llamar a este mundo desligado de Dios, para que vuelva a Él y sea cambiado, esto será el propósito de la vida de Jeremías. Esto era su vocación. Para eso Dios lo quería usar. No era una tarea fácil. Lo que debía decir, no les gustó a muchos para nada. Para ellos Jeremías era demasiado radical, unilateral y decidido. Debía comprender mejor las cosas, cerrar no sólo un ojo, sino mejor los dos ante las consecuencias del pecado. Todos somos humanos. Engañar respecto a los impuestos, por ejemplo, ¿qué hay de malo?, todos lo hacen. Si los de arriba se enriquecen, entonces yo también tengo el derecho de conseguir algo para mí.

A Jeremías lo ponían a un lado, se burlaban de él y lo perseguían, porque hablaba con claridad. Por ejemplo: “Porque fueron hallados en mi pueblo impíos; ... se hicieron grandes y ricos. Se engordaron y se pusieron lustrosos y sobrepasaron los hechos del malo; no juzgaron la causa, la causa del huérfano; con todo se hicieron prósperos, y la causa del pobre no juzgaron. ... Cosa espantosa y fea es hecha en la tierra.” Jeremías gritó a la gente de parte de Dios: “Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré morar en este lugar.” (Lea Jer. 5:26-31; 7:3-7.) Las palabras que Jeremías dijo, Dios las había puesto en su boca. Él era solamente un portavoz, una herramienta escogida en la mano de su Creador. De forma parecida también lo experimentó el apóstol Pablo (Hch.9:15.16). ¿Acaso Dios me podrá usar también así para salvación de otros, para que haya mejoría?

Día 6

Jer. 1:13-16; 23:9-12

Temblor de rodillas

Jeremías sufría por la apostasía de Israel. Él cumplía su labor en el nombre de Dios y bajo mucha presión personal. Muchas veces estaba peligrando su vida, porque no hablaba lo que la gente quería escuchar. (Comp. Jer. 11:18-23.) En realidad su tarea era para un hombre duro, con nervios como hierro, no era para un hombre tan sensible como era Jeremías. Él no es el predicador que comparte la palabra con arrogancia, levantando el dedo amenazador y sentenciando a los demás. Al escribir: “La palabra de Dios es como martillo que quebranta la piedra” (Jer. 23:29), él sentía que el martillo cayó en primer lugar encima de él. Las palabras dirigidas a su pueblo, las sufre él en primer lugar: “...mi corazón está quebrantado dentro de mí, todos mis huesos tiemblan; estoy como ebrio, y como hombre a quien dominó el vino delante de Dios y delante de sus santas palabras.”

Nuestra Biblia, impresa y compaginada de varios cientos de hojas de papel, es la santa Palabara de Dios. Sobre cada Palabra cuida Dios mismo, para que florezca como almendro (Jer. 1:11.12), para que germine y lleve fruto cien por ciento como el grano de trigo (Lc. 8:8.15), a que no vuelva vacía a Él que la envió (Is. 55:10.11).

Mientras que Jeremías “construye carreteras” se desarrolla una historia de sufrimiento, que está relacionada con tremenda depresión y gran soledad. Muchas veces él duda de Dios y de su tarea encomendada (p. ej. Jer. 8:18-9:1). Él hablaba y predicaba hasta el agotamiento, sin embargo tiene que presenciar con impotencia como todo su pueblo corre a la destrucción. Sus contemporáneos se sacuden, como perro mojado, para no hacer caso a la palabra. (Lea Jer. 2:13.)

Día 7

Jer. 26:1-6.10-15; Mt. 21:33-46

La nostalgia de Dios

Jeremías sufrió rechazo, violencia y peligro de muerte. De este modo llega a ser, sin saberlo, antecesor y señal de uno mucho mayor, quien 600 años después de él, nuevamente cumplió esa tarea de conectar a la gente con Dios. Lo han maltratado y crucificado y de este modo Él lleva sobre sí el pecado de todo el mundo. Así vislumbramos en Jeremías ya a la persona de Jesús de Nazaret. Este Jesús paga con Su vida el tremendo precio del amor que Dios tiene para con los hombres, quien los quiere salvar y bendecir aquí y hoy y para toda la eternidad. Lea Jn. 1:29; 3:36; 5:24. ¡Cuánto busca Dios a Sus hijos perdidos y desobedientes! Miles de años se preocupa de los hijos del pueblo de Israel. “Éxtendí mis manos todo el día a pueblo rebelde, el cual anda por camino no bueno, en pos de sus pensamientos” (Is. 65:2) Pero “cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos, aun hasta el día de hoy. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará” (2.Co. 3:15.16). Dios nos busca, los hijos perdidos “de entre los gentiles”, quiere decir a todos los que no pertenecen al pueblo de Israel. ¡Cuánto trabajo se hace Dios, cuánta paciencia tiene, cuántos dolores aguanta! ¡Qué tremenda es la nostalgia de Dios queriendo tener a Sus criaturas consigo para toda la eternidad! (Lea Ap. 21:1-7.)

Para ganar a los hombres Dios necesita a testigos, siervos, obreros, oradores que comparten la palabra, personas que pongan su vida en la balanza como un Jeremías o como el apóstol Pablo, quien se hizo de todo a todos, “para ganar de cualquier forma a algunos” (1.Co. 9:19-25). ¿Estamos con ellos? ¿Estamos dispuestos, cueste lo que cueste?

Día 8

Jer. 1:4-19; Is. 6:9

Ofertas de empleo

Muchos llegaron ya para anunciar esa singular “vía hacia la vida eterna”: Pablo y Bernabé, San Agustín, Francisco de Asís, Martín Lutero, Felipe Jacobo Spener, Agustino Hermann Francke y Nicolás L. Conde de Zinzendorf, Jorge Mueller, Amalia Sieveking y Federico de Bodelschwingh, por mencionar sólo algunos del pasado. Hasta hoy los “obrerros de Dios” trabajan. Ellos ayudan a eliminar lo que produce separación entre personas: como por ejemplo, el alumno que invita al chico solitario a jugar con los demás. Terminan la disputa, como la prima que después de la pelea por la herencia juró: “Con este dragón no hablo ni una palabra más”, sin embargo más tarde le manda un saludo para su cumpleaños. Entablan relaciones, como la vecina que invita a la “nueva” para tomar un café juntas. Vencen la indiferencia y la falta de amor como padres que les prestan atención y tiempo a sus hijos, tomándoles en serio.

Concluimos: Las tareas de un colaborador de Dios son las mismas hoy como hace tiempo atrás. Tanto hoy como en aquel entonces Dios busca gente para esa tarea. Tanto

hoy como en aquel tiempo esa tarea no es fácil. Nos pueden tomar por tontos. Sin embargo nuestro mundo necesita tales “obreros” que confían en Dios.

Queridos lectores de “Tiempo con Dios”, ¿quién de entre uds. está dispuesto hoy para la tarea? Jeremías se sentía demasiado joven. Nosotros quizá nos sentimos demasiado viejos, cansados, desilusionados u ocupados. Pero Dios nos conoce, nos llama y nos necesita. (Lea Sal. 82:3.4; Is. 1:17; Mt. 5:16; Mr. 6:7-12.) “Nos queremos arriesgar en nuestros días a dejar atrás el descanso que se olvida de actuar. Queremos preguntar por trabajo, dónde lo hay, y no desmayar, sino aguantar con alegría y llevar nuestros ladrillos al andamio” (N.L. Conde de Zinzendorf).

Día 9

Jer. 17:7.8; Sal. 1:1-6

Interrogado

Cuando un joven obedece al llamado de Dios, uno quisiera preguntarle años más tarde: ¿Te arrepentiste que en tu vida todo tenía que ver con Dios y su Palabra? Hoy hemos leído una respuesta de Jeremías. Él utiliza un ejemplo: el árbol plantado junto a la corriente está siempre verde y floreciente. El ejemplo demuestra vitalidad (el árbol crece y cumple su propósito); nos hace ver firmeza (no cae fácilmente). Además podemos sentir el mensaje: Quien confía en Dios es comparable con un árbol así. Quien se apoya en Dios florece, crece y madura. Sí, aguanta muchas pruebas. ¿Realmente? ¿Acaso no nos sentimos marchitados y agotados cuando estamos en medio de problemas y dificultades? “... será como árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces”. La cercanía del manantial rebosante es el secreto.

Como Jeremías conocemos también momentos en los que el contacto con el manantial no es tan bueno. Uno se toma poco tiempo para estar relacionado con el Señor, se alarga el tiempo de trabajo, la lectura de la Biblia es poca, se consumen más programas de TV... También puede ser que dudas o experiencias amenazantes nos alejen de la fuente. Pero: Justo la confianza en Dios es lo que nos puede ayudar a superar tiempos de “sequía” y aguantar problemas. No nos ayudan las tremendas preocupaciones por nuestra situación fracasada. Según Jeremías, las épocas de desánimo y “falta de fe” se pueden superar mejor, si tenemos raíces profundas, y estamos ejercitados en confiar en Dios. A través de las raíces pasa la nueva fuerza a mí y ellas me sostienen. Aquí hay agua fresca de la fuente: Job 29:19; Is. 41:18; Jn. 4:14; Ap. 7:17; 21:6.